

CARTA XXII.

Tu primo, querida Carolina, es un hombre excelente; ha arreglado lo mejor que se ha podido el negocio de Julian (siempre casi loco), que le recomendamos en estos dias: va á hacerlo pasar ante un consejo de guerra, porque es indispensable; pero despues hará valer el desarreglo de su cerebro, para indultarlo, imponiéndole una pena lijera, para que pronto pueda volver á sus hogares. Parece que el pobre fué educado cristianamente; así no puso dificultad ninguna en confesarse; pero fuera de eso, es casi imposible sacar de él alguna idea racional. Nunca ha llegado á decirnos por qué prefirió quedarse aquí á volver á su tierra, donde era el único apoyo de su anciano padre y de dos hermanas jóvenes, que su partida hun-

dió en la miseria. Las Sras. de Marval y de Leuplan me han escrito diciéndome que van á reunir una suscripcion para él, cuyo producto le será entregado cuando cumpla su condena, que como he dicho, esperamos no será larga, gracias al estado anormal de su cabeza: pero lo que me ha llamado la atencion es que Julian, te ruego no te enojés, es tu compatriota, es tu paisano, del mismo pueblo tuyo, lo que prueba que en todas partes hay sombras oscuras en los mejores cuadros. Es de San Gil, y como tu nodriza vive allí todavía, espero que por su medio te informes acerca de su familia: su padre es conocido con el sobrenombre del *Bona-chon*. No dudo que, si la respuesta es favorable, aplicarás algo de tus limosnas á esas pobres gentes, y que á su tiempo tomarás bajo tu proteccion á mi actual protegido. Basta sobre esto, y hablemos un poco del terror que te inspira la aparicion tan poco oportuna del cólera en Europa. ¿Qué sucederá con nosotras, dices, si á pesar de todas las medidas sanitarias tomadas por el gobierno, llega á penetrar en Francia? ¿Qué le sucederá, sobre todo, á Sor Teresa? exclamas con un triste suspiro. ¿Tan débil como es, po-

drá resistir mucho tiempo á los asaltos de tan terrible azote, cuando los deberes de su estado la expondrán á ellos en primera fila?

Mira, Carolina, que te voy á dar una receta excelente para que calmes todos tus temores; te ruego que la uses, y verás como sanas.

1º Tomarás de la biblioteca de tu papá el tomo 29 de los Padres de la Iglesia (traducción del Sr. Guillon), y lo abrirás en la página 207, donde leerás lo que dice allí San Agustín. Prueba que las calamidades públicas son útiles á los hombres, á quienes Dios las envía para corregirlos, purificarlos y probarlos. Tómate también el trabajo de volver á leer al inmortal Bossuet, que tantas veces citas con gusto, y medita un poco sobre aquellas bellas palabras que parece has olvidado y que hallarás en su Discurso sobre la Historia Universal.

“En esos terribles castigos, por cuyo medio Dios hace sentir su poder á naciones enteras, hiere muchas veces á un tiempo al justo y al culpable; pero es porque tiene mucho mejores medios de distinguirlos que los que aparecen á nuestros sentidos. Los mismos golpes que hacen pedazos la paja, separan el buen grano. El oro se purifica en el mismo fuego que con-

sume la escoria; y por medio de los mismo castigos con que se exterminan los malos, son con los que se santifican los fieles.”

Además, Carolina, reflexiona un poco en los grandes provechos espirituales, que no solo los pecadores á quienes se presenta de repente la imagen espantosa de la muerte, amenazando á todo momento su existencia alegre y vana, sino los que nosotras mismas podremos sacar al palpar tan de cerca la incertidumbre de la vida, ¿no te ha sucedido muchas veces que cuando caes en alguna falta más considerable, destrozada por los remordimientos y temerosa de una muerte tal vez próxima, aunque desconocida, acudes sin dilación al Sacramento de la Penitencia, sin esperar el día señalado ni á la fiesta inmediata, recordando que á muchos esas dilaciones han sido la causa de su condenación? Y después, cuando otras veces te ha acontecido lo mismo, no te ha ocurrido la idea de que bien puedes diferir el ocurrir al remedio, pues otras ocasiones que te has apresurado á hacerlo, nada te ha sucedido más tarde? Bien creo que nunca habrás dado oído á tan fútil razón; porque muy bien sabes que puede ser que aquella sentencia de muerte, como la de los Nínivi-

tas, fuera tan solo condicional, y así se revocó mediante nuestra reconciliación con Dios; y aun cuando no sea así, ¿se nos seguirá algún perjuicio de entrar cuanto más pronto en la gracia de Dios? ¿no debemos corresponder cuanto antes á esos impulsos interiores, que no son otra cosa que los esfuerzos del Salvador, que tiene más prisa que nosotros mismos, de que volvamos á su amistad para concedernos su amor y llenarnos de beneficencia? Pues esto, que gracias á la bondad divina nos pasa en todo tiempo, á tí y á mí que hemos sido educadas en el temor de Dios, lo experimentaremos ahora con más viveza; con lo que evitaremos con mayor cuidado las más ligeras faltas, y acudiremos con nuevo empeño al baño de la confesión.

Pero esos sentimientos no se limitarán en tan triste época á solo nosotras y á los que tienen la dicha de conservar viva la fé, sino que despertarán al alma tibia en su indiferencia, y estremecerán al pecador y al impío en su olvido de Dios, como un último recurso de la Providencia para atraerlos al bien.

Ya ves que quizá, léjos de considerar la epidemia como un castigo, deberíamos dar gracias

á Dios porque nos concede un nuevo favor, amargo á la verdad y de terrible aspecto á nuestros sentidos, pero provechoso á nuestras almas.

Pasemos á la 2ª parte de tus inquietudes.

2º Sor Teresa no se presentará sin necesidad al encuentro del cólera; pero tampoco, ayudándola Dios, tendrá la cobardía de emprender la fuga á su vista.

En consecuencia, si el Señor en su bondad, aceptara su sacrificio y permitiera que sucumbiese cuidando á sus hermanos tocados de tan espantoso mal, yo le permitiría á Carolina de Balty que le concediese algunas lágrimas, con la condicion, sin embargo, de que las enjugara muy pronto, para alegrarse como buena católica y dar infinitas gracias al Señor por haber concedido á su amiga la gracia de morir mártir de la caridad. ¡Oh! qué buen pasaporte sería ese para que se le abriese á uno la puerta del cielo! ¡qué dichosa muerte! Carolina, ¡qué digna de desearse! Pero ¡ay de mí! qué indigna soy de eso! ¡Ah! si alguna vez me concede Dios tan insigne favor, te ruego mucho que no te lamente de lo que habia de asegurar mi felicidad eterna, conténtate con envidiármela y

trabajar en conseguir tú otro tanto. Deseando merecer algo esa recompensa, objeto de todos mis deseos, te confesaré, Carolina, que poco ha faltado, no tanto, pero á lo ménos sí no ha quedado por mis deseos, el dejar para siempre á Francia.

No te escandalices por eso, escucha ántes mis razones. No ignoras que al hacerme hermana de la Caridad creía dar á Dios una prueba de lo mucho que lo amaba, y pensaba entrar en un camino todo sembrado de abrojos y de espinas, donde á cada paso tendria que ofrecerle un nuevo sacrificio. Pues bien, nada de eso; este camino, yo así lo espero, conduce al Paraíso, pero de un modo tan fácil y tan dulce, que muchas veces me pregunto á mí misma: ¿qué es lo que hago por mi divino dueño? ¿Qué, se contentará con tan poco?.....

Aunque mi director me tranquiliza sobre ese punto, hay, sin embargo, ciertos momentos en que se turba mi imaginacion. Me hallaba yo precisamente en esa situacion, cuando nuestros superiores invitaron á todas las hermanas que se sintieran con bastante ánimo para dedicarse á las misiones extranjeras: se presentó un número tres veces más grande del que se necesi-

taba, se elijieron las que más lo merecian y á las otras se les dieron las gracias por su buena disposicion; no tengo que agregar que tu pobre amiga perteneció á estas últimas. Me atreví á insistir en mi súplica, pero no alcancé más que una reprension paternal por presumir tanto de mí misma, aunque como para suavizarla me dijeron que se tendria presente ese mi deseo, para ver lo que se puede hacer cuando haya pronunciado mis votos. Recuerda que no llevo más que tres años de noviciado, con lo que tengo que esperar todavía dos años; á lo que se agrega que no es fácil que de aquí á entonces se conserve memoria de mi peticion. Con todo, es preciso que me quede muy contenta con esa respuesta que no promete nada; proponiéndome, entretanto, merecer aquella gracia con portarme mejor y con mayor cuidado.

No te ocultaré que en los primeros momentos manifesté mi pesar de tal manera, que Nuestra Madre me dijo que era yo amuchachada y que estaba haciendo desatinos: ya ves que tambien me sabe regañar; pero ¡cuánto se lo agradezco! Eso me hizo reflexionar y mejorar mis propósitos.

Adios, mi superiora me llama; esta mañana ví que recibió una carta de Paris; ¡Dios quiera que mi deseo de ir á Africa no haya sido mal interpretado y sea la causa de que me cambien de aquí!.....

Temo mucho que así sea, y no cerraré esta carta sin darte razon de si me equivoco ó no.....

¡Ay! Carolina, que bien lo presentí; me voy, me llaman de Paris..... Mi amada Superiora, que siente tanto perderme, como á mí me aflige dejarla, habia recibido aviso anticipadamente de esa determinacion, y sin decirme nada, tuvo la bondad de escribir á la Superiora general para que me quedara, diciéndole que le hacia yo falta. Pero sus instancias no han sido atendidas en parte, pues solo se le ha contestado que no pueden permitir el que siga yo aquí, y que en mi lugar le mandarian otra hermana jóven que desempeñaria bien lo que yo hacia. No dudo que lo hará mucho mejor que yo, y que pronto se consolará mi Superiora de mi falta; pero yo, ¿podré encontrar de nuevo otra tercera superiora tan buena, tan indulgente como las que he perdido?

Bien puedo decirlo así, porque salgo irremisiblemente dentro de muy pocos dias. Si pudiera hallar algun motivo de consuelo al viajar, como lo hago, del Norte al Mediodía y del Mediodía al Norte, no lo encontraria sino en la seguridad que me ha dado Nuestra Madre de que mi súplica de ir á país extranjero, no ha tenido que ver nada con mi llamada á Paris, porque ella lo sabia desde ántes de que diera yo aquel paso. Sea de esto lo que fuere, esa triste noticia me abatió de tal modo, que no tuve ganas por más de dos dias, ni de tomar la pluma para contarte mi desgracia; me daba vergüenza mostrarte tan desnuda mis miserias, por lo que esperé á poder añadir la excusa, de que por fin me conformé enteramente á la voluntad de Dios. Sí, por mucha dificultad que encontrara lo logré; porque quiero poner siempre en práctica los consejos de Nuestra Madre Sofía, que fué tan buena conmigo, y que me decia que recordara sin cesar que la obediencia es la primera virtud de una hija de San Vicente de Paul.

En consecuencia, partiré de F*** no sin dolor, pero sí sin lágrimas. Si no, ¿dónde estaría el mérito de mi resignacion? Me apartaré con la firme esperanza de que nuestro Divino

Modelo tomará en cuenta los esfuerzos que hago para probarle mi humilde sumision á todas sus órdenes.

Este pensamiento es para mí tan dulce, que ya no sé ahora qué partido tomaria si tuviese libertad para elejir entre quedarme en F*** ó ir á Paris.

¡Es tan bueno poder decir: “Estoy donde Dios quiere que esté!” Sí, entónces está uno bien, y en cualquiera parte se halla uno á su gusto.

Adios, otra vez. ¡Hasta cuándo te volveré á escribir? lo ignoro; solo te aseguro que será fechada mi carta en la capital del reino cristianísimo. Carolina, ruega mucho á Dios por mí, y dispénsale tu cariño, á pesar de sus debilidades y defectos, á tu sincera amiga

SOR TERESA.

CARTA XXIII.

Paris, Hospital de San Luis.

Todavía brota sangre mi corazon, querida Carolina, cuando pienso en F*** y así no puedo resistir al deseo de hablarte de él una vez más. Temiendo el instante de la despedida, habia yo tenido en secreto, cuanto pude, mi viaje; Nuestra Madre, mis hermanas, el Señor Cura y su vicario eran los únicos que lo sabian. Sin embargo, la vispera de mi partida, se divulgó la noticia por todo el pueblo, cuyos buenos vecinos, hombres, mujeres y niños, vinieron unos en pos de otros á hacer titubear mi valor con la sencilla expresion de su sentimiento. Todos me pedian algun recuerdo, con lo que agoté mi provision de rosarios, estampas, medallas, etc., y no solo la mia, sino la de mis hermanas, á quienes envié de Burdeos otra